

Los cuatro jinetes

En el Libro de Job está escrito: «Él creó la Osa, el Orión y las Pléyades». Los poetas griegos explicaron la creación del mundo como una meada de los dioses: orinaron en una piel de buey muy fresca y surgieron constelaciones. La ciencia ha tardado mucho en alcanzar a la leyenda; lo logró el año pasado con el descubrimiento de la partícula de Dios, uno de los avances científicos más importantes junto con el aterrizaje del *Curiosity* en Marte. El diario *Le Monde* ha elegido ese bosón de Higgs como héroe de 2012, por delante de la llegada de Obama a la Casa Blanca y la de Hollande al Elíseo.

Esta vez la ciencia coincide con la mitología al señalar que el espermatozoide de Dios engendró el universo. Incluso la Iglesia española dio la bienvenida a la partícula y damos gracias por que aquí no haya estallado esa surrealista guerra entre creacionistas y evolucionistas como ha ocurrido en los Estados Unidos, donde se enfrentaron para la presidencia uno que creía en la abuela Lucy y otro, mor-

món, que aún cree que las serpientes hablan. La Iglesia ha perdido la oportunidad de armonizar o concordar la razón, el mito, la Biblia y *El origen de las especies*. Mientras Roma sestea, la impiedad despierta y los cuatro jinetes del ateísmo, que ya son tres (Hitchens falleció), Dennett, Harris y Dawkins, van más allá de la afirmación de Voltaire («El reloj supone un relojero») y niegan que el universo tenga un relojero o un diseñador. Spinoza y Einstein consideraron que Dios es la suma total de las leyes físicas que describen el universo y los cardenales, en vez de investigar, miran por la cerradura esperando que se acerque un nuevo cónclave.

Dijo Hitchens: «Las razones del diseño y el relojero habían sido el mejor argumento de la existencia de Dios. Cuando llegó Darwin estropeó la fiesta». El último esnobismo científico es vacilar sobre si el universo es una realidad artificial, virtual, una recreación informática. Pero los científicos insisten: descendemos de las bacterias. En el mes de diciembre el telescopio *Hubble* capturó galaxias primitivas, y su última imagen del año ha sido una estrella agonizante «en un lazo cósmico de finos encajes de gasa». Se descubren estrellas moribundas, estrellas habitables, nuevas y viejas galaxias, planetas gemelos de la Tierra, el universo es más joven de lo que pensaban los científicos, la Vía Láctea son cientos de millones de estrellas, cien mil años luz de diámetro, una mota de polvo, apenas un espermatozoide.

Han encontrado la partícula, pero no a Dios. Seguimos sin saber si es un extraterrestre, si murió como dijo el filósofo, si se fue a la peluquería o al bingo, si es o no es el que meó durante el *big bang*.

03-01-2013

Miguel, viejo soldado

He trabajado mucho tiempo en lo que ahora llaman el Barrio de las Letras, sobre todo en Huertas, donde estalló el Siglo de Oro. He pateado esas calles, desde Echegaray —donde nos pegábamos hostias delante de las putas cuando la mili— al convento de las Trinitarias Descalzas, en cuyo templo está enterrado el Manco de Lepanto.

Me parece difícil averiguar quién es Miguel y muy fácil que nos metan un camelo. Esa iglesia ha sufrido desamortizaciones, asaltos, traslados de esqueletos y robos de académicos. No tengo la superstición de las reliquias, pero me fascinaba ese edificio donde enclaustraron a sus hijas los escritores Lope y Cervantes.

Me imaginé los últimos paseos del héroe que perdió la mano izquierda por un arcabuzazo y no perdió la diestra porque salió de naja hacia Italia después de herir a un hombre en un duelo de espadachines. Preso en Écija, en Sevilla, en Argamasilla, cargado de espaldas,

pelo castaño como Ramón Tamames, tartamudo, soldado de bigote, mutilado de guerra y siempre muerto de hambre; hasta vivió en un prostíbulo de Valladolid. El rey nunca le hizo merced, no permitió que embarcara hacia las Indias.

En el año 1615 vinieron a Madrid unos caballeros franceses con su embajador a preparar una boda real y se enteraron de que el autor andaba por los mentideros como un mendigo, desdentado y achacoso. Preguntaron socarronamente cómo vivía y contestaron los gentilhombres: «Es un viejo soldado, hidalgo y pobre». Entonces, los franceses se extrañaron de que a tal hombre «no lo tuvieran en España muy rico y sustentado por el erario público».

Se le vio unos días antes de morir caminando por la calle de Huertas, donde vivió en el número 18, y también en la de León, esquina con Francos, donde murió. «Sobre estar enfermo, estoy muy sin dinero», escribió al conde de Lemos. Dedicó al noble la segunda parte del *Quijote* y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* («Ya estará Persiles para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia»).

Al conde le dirige la última carta una hora antes de fallecer. «Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo esta.»

El Gobierno de Madrid ha autorizado al Ayuntamiento a buscar los restos de Cervantes, en el lugar donde fue enterrado el 23 de abril de 1616. Tienen cien mil euros y un georradar para distinguirlo de los otros fiambres. Buena idea la de Ana Botella, aunque siga esa costumbre es-

pañola de buscar quijadas en los monasterios, en los valles
o en las cunetas.

El odio es necrófago. En este caso hay amor, aunque
sea a los huesos.

20-02-2014